

Como consecuencia de su exclusión, el ejecutivo tuvo que emplear facultades extraordinarias frente al desorden político, llevándolo en ocasiones a extremos de desenfreno.

La ausencia de poderes extraordinarios alentó los pronunciamientos, ya que esto reflejaba la debilidad inherente del sistema constitucional, y cuando se presentaron verdaderas situaciones de emergencia, los gobiernos no fueron capaces de enfrentarlas de manera legal.

El autor destaca un punto clave en cuanto al colapso que sufrió el sistema constitucional en sus salvaguardas externas debido al patrón dual de gobierno, en el que si bien no había provisiones de emergencia, sí se tomaban medidas extraconstitucionales ante situaciones de emergencia, como sucedió en el caso de la guerra contra Estados Unidos en donde si bien la Constitución preveía provisiones de emergencia muy limitadas, éstas no fueron puestas en vigor porque en junio de 1846 el país no tenía un congreso. Cuando finalmente éste fue instalado, de todas formas tuvo que otorgar al ejecutivo facultades extraordinarias específicas, como suspender el *habeas corpus*, otorgar perdones a condenados por razones políticas, para reorganizar al ejército, para nombrar nuevos oficiales y para recabar más fondos.

Las consecuencias de que en la Constitución de 1824 no se hubieran incorporado los poderes de emergencia llevaban al país a un caos ante la amenaza extranjera, sin embargo, los legisladores optaron aun en estos críticos momentos por no incorporar dichos poderes a la constitución y de alguna manera obviarla.

La realidad del país al enfrentar una guerra de catastróficas proporciones con-

ducía a recurrir a medidas extraconstitucionales que permitieron que los gobiernos simplemente ignoraran a la constitución. Por ello, en 1856, una vez reunido el constituyente, veían como prioritario “instituir profundos cambios en la estructura política de México” para “detener el flujo de rebeliones, nuevas constituciones, contrarrevoluciones y dictaduras que habían caracterizado a México desde su independencia”.

Sin embargo, en la práctica el país siguió involucrado en feroces luchas que llevaron a los mexicanos a matarse entre sí como nunca antes, mientras el Congreso discutía y desechaba de nuevo la inclusión de los poderes de emergencia hasta noviembre de 1856, después de innumerables discusiones. Posteriormente, analizando los congresos de 1824 y 1856, se ha descubierto que las discusiones sobre los poderes de emergencia fueron más importantes en el segundo debido, según Aguilar Rivera, a que el rechazo liberal había perdido parte de su fuerza.

El siguiente periodo al que hace referencia el autor, los gobiernos de Juárez, será uno de los más conflictivos y que evidenciará de manera más drástica los trastornos ocasionados por la carencia de poderes de emergencia adecuados. A tal punto, que diez años sería gobernado el país sin constitución.

Laura Solares Robles
INSTITUTO MORA

Diana Anhalt, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in Mexico. 1948-1965*, Archer Books, Santa María, California, 2001, 246 pp.

La política de asilo y refugio a perseguidos políticos es parte consustancial de la conducta exterior de México, pese a ello, no abundan las investigaciones en torno a la diversidad de experiencias que se desarrollaron a lo largo del siglo XX. Quizá se deba a que el caso republicano español, por su magnitud e impacto en la vida mexicana, concentró durante muchos años una gran parte de los esfuerzos historiográficos. Sin embargo, en años recientes, junto a una cada día más rica producción dirigida al exilio español, han aparecido algunas investigaciones atentas a otras experiencias de destierro; en este sentido destacan los estudios en torno a los exilios alemán, polaco y judío durante la segunda guerra mundial, y las indagaciones acerca de los desterrados centro y sudamericanos que llegaron en los setenta y ochenta de la pasada centuria, huyendo de las políticas genocidas puestas en marcha por las dictaduras del subcontinente.

En este universo de nuevos aportes al conocimiento de los exilios se ubica el libro de Diana Anhalt. Se trata de la primera aproximación global a la historia de un destierro que nadie parecía dispuesto a recordar, ni siquiera sus propios protagonistas: los estadounidenses.

A consecuencia de las campañas anti-comunistas en los cuarenta y en los cincuenta, centenares de estadounidenses y de extranjeros residentes en Estados Unidos se vieron obligados a huir después de sufrir persecuciones, y en algunos casos cárcel, o simplemente cuando sus nombres pasaron a engrosar las conocidas listas negras elaboradas al amparo de la Alien Registration Act (1940), la Internal Security Act (1950), y la Immigration and Nationality Act (1952), pero sobre todo, a partir del acoso inquisitorial desplegado

por el Comité de Investigaciones Anti-americanas, liderado por el senador McCarthy. Así, la recién inaugurada guerra fría quedó instalada en el seno de la sociedad estadounidense.

Se trata de un libro escrito por la involuntaria protagonista de un exilio que abarcó a casi dos centenares de personas. Diana Anhalt tenía ocho años cuando sus padres se trasladaron a México en el otoño de 1950; y una inquietud tan personal como averiguar los motivos de ese traslado, motivos nunca revelados por sus padres, la orillaron a iniciar una investigación en la que invirtió toda una década. Así, la autora, periodista y profesora de literatura, terminó construyendo una obra histórica apoyada en el rescate de casi un centenar de testimonios, a los que confrontó y matizó con información proveniente de los archivos del FBI y con la consulta de una amplia bibliohemerografía.

A Gathering of Fugitives se funda en el interés por rescatar una historia familiar, pero con la peculiaridad de que la autora consigue articular su historia con la de decenas de otras historias tan familiares con la suya, armando el rompecabezas de un exilio cuyos protagonistas se cuidaron muy bien de esconder. Los perseguidos, por la naturaleza de la persecución, descubrieron que sus posibilidades de sobrellevar exitosamente el destierro dependían de su capacidad para pasar inadvertidos. Con esmero ocultaron sus orígenes, en el entendido de que mientras menos se supiera, menor era el peligro que podían correr ellos mismos y sus familiares.

Junto al exilio de sus padres y el de una generación de estadounidenses, la autora relata el derrotero de su propia investigación. Esta estrategia, atractiva desde el punto de vista narrativo, exhibe en toda

su dimensión la labor detectivesca en la búsqueda y confrontación de fuentes. Sobre estas tres dimensiones, y a lo largo de siete capítulos, se procede a explicar los motivos del destierro, las actividades laborales y profesionales, los ambientes sociales y políticos, así como la suerte que corrió el exilio estadounidense en México.

El tener una filiación “izquierdista” fue el común denominador de un muy heterogéneo grupo de exiliados. Desde esta generalización, Anhalt, con base en sus fuentes documentales, realizó una primera aproximación al origen de los exiliados, dividiéndolos en cinco categorías: extranjeros residentes en Estados Unidos o naturalizados que fueron deportados a causa de su asociación con organizaciones izquierdistas; miembros del Partido Comunista estadounidense; personajes acusados de conspiración o espionaje al servicio de la Unión Soviética; escritores, guionistas y activistas políticos que fueron incluidos en las listas negras de Hollywood y, por último, unos pocos que arribaron como consecuencia de procesos judiciales en su contra a causa de una supuesta conspiración comunista en Miami en 1954 (p. 38). A estas categorías de desterrados llegados a partir de 1950, la autora agrega aquellos que lo hicieron algunos años antes, y cuyo exilio se originó en el hecho de haber integrado la Brigada Internacional Abraham Lincoln, que combatió del lado republicano en la guerra civil española. Entre otros brigadistas que llegaron a México, Anhalt revive las historias del músico y compositor Conlon Nancarrow, del productor cinematográfico William Colfax, de la enfermera Lini Fuhr y del cantante de ópera Bart van der Schelling.

Sin lugar a dudas, el más conocido de los exilios fue el vinculado a la industria

filmica de Hollywood, cuestión que se explica por la visibilidad de los personajes involucrados, la difusión que alcanzaron los procesos judiciales, y la publicación de memorias y autobiografías de algunos protagonistas o de familiares de los perseguidos. Sin embargo, los refugiados de Hollywood fueron una minoría en el universo del exilio estadounidense, algo más de una decena de personas, entre las que destacaron Dalton Trumbo, Albert Maltz, Gordon Kahn, Robert Rosen y Hugo Butler. Del resto, poco se sabía; se trató de maestros, dentistas, médicos, amas de casa, abogados, enfermeras, ingenieros, profesores universitarios, empresarios, artistas plásticos, músicos, periodistas, escritores, un núcleo variado de hombres y mujeres que, por sus actividades políticas, debieron abandonar su país en busca de una lugar donde desenvolver sus vidas hasta tanto amainara el aquelarre macartista. Un grupo que en su interior estuvo estrecha y solidariamente unido, pero que hacia afuera se comportó con mucha discreción, al punto de que la autora confiesa que el primer título que pensó para su libro fue *The Invisible Exile*.

En efecto, se trató de un exilio muy diferente de otros que acogió México. En primer lugar, no fue un grupo numeroso, si lo confrontamos con la oleada republicana española o con los millares de latinoamericanos; en segundo lugar fue un exilio silencioso, las rutas de los traslados, muchas veces por carretera, les permitieron pasar inadvertidos confundiendo con turistas o inmigrantes. En tercer lugar, el origen social de este exilio facilitó su instalación en espacios urbanos donde la presencia estadounidense no era excepcional: las colonias Anzures, Polanco, Lomas de Chapultepec, y el sureño San Ángel en la ciudad de México, o en los ya

tradicionales sitios de residencia de estadounidenses como las ciudades de Cuernavaca, Guadalupe y San Miguel de Allende. En su mayoría reconocían un origen de clases medias, con estilos y aspiraciones de vida que en México pudieron satisfacer: automóviles, empleadas domésticas, escuelas privadas para los niños. Con los recursos que trajeron, algunos abrieron negocios o pequeñas empresas, como Max Shalafrock, contratista de construcciones inmobiliarias; Enos Wicher, propietario de una granja avícola, y el inglés Cedric Belfrage y su esposa Mary, quienes establecieron un pequeño hotel en Cuernavaca. Contrariamente a otras colectividades de exiliados, los estadounidenses incursionaron, no siempre con éxito, en los espacios de sociabilidad del resto de sus coterráneos en México. En este sentido, destaca la insistencia en intentar emplearse o en enviar a sus hijos al American School, institución donde la convivencia con miembros del *establishment* estadounidense no siempre fue grata para los exiliados.

No hubo una militancia política de cara a la opinión pública mexicana, aunque sí hubo una actividad subterránea, clandestina, sin la menor estridencia. Los comunistas estadounidenses mantuvieron contactos con sus camaradas mexicanos, sobre todo con la jerarquía del partido, mientras que el sector intelectual frecuentó en más de una ocasión tertulias, exposiciones y conferencias donde se congregaban figuras emblemáticas de la izquierda mexicana como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Francisco Zúñiga, Miguel Cobarrubias, junto al guatemalteco Luis Cardoza y Aragón (p. 91). Pero la discreción fue la norma, y fue así porque este exilio estuvo bajo una estrecha vigilancia; agencias de seguridad del gobierno esta-

dunidense y la propia policía mexicana, desde un primer momento, tendieron un colosal operativo de seguimiento. Este es el aspecto más significativo del libro de Anhalt y al que dedica mayor atención. En efecto, más de la mitad de la obra se ocupa de reconstruir los pasos de policías y detectives estadounidenses acosando a los exiliados, mostrando la estrecha complicidad entre la CIA, el FBI y la Dirección Federal de Seguridad dependiente de la Secretaría de Gobernación.

Este exilio fue el más vigilado de todos los que se desarrollaron en México, estuvo bajo permanente amenaza de deportación, al punto que no fueron pocos los detenidos por policías mexicanos, y en sólo una noche conducidos a la frontera y entregados a las autoridades estadounidenses. En este sentido, *A Gathering of Fugitives* incursiona en la propia historia de la guerra fría en México, exhibiendo las ambigüedades de una política mexicana que paradójicamente acogió a estos perseguidos, para de inmediato iniciar un acoso policial que los mantuvo en permanente sobresalto. Y por el filo de esta ambigüedad, estos estadounidenses aprendieron a sobrevivir en México; así, por ejemplo, los "secuestros" y deportaciones de los comunistas Morton Sobell y Gus Hall por parte de la policía mexicana en 1950 y 1951 respectivamente, pusieron en permanente alerta al resto del exilio (cap. 4). Sin embargo, son puestos de relieve los matices de la colaboración del gobierno mexicano para con los intereses de Washington. Las diferencias entre la administración de Miguel Alemán y la de Adolfo Ruiz Cortines se hicieron evidentes en 1953, cuando la negativa mexicana a la deportación de Martha y Alfred Stern, acusados de espionaje al servicio de los soviéticos (cap. 5). Pero la amenaza nunca

desapareció, los estadounidenses tuvieron permanentes problemas migratorios derivados de que su gobierno les negaba la renovación de sus pasaportes, de manera que, a causa de cualquier irregularidad migratoria, podían ser expulsados de México, además del siempre temido artículo 33 constitucional, al que apeló el presidente mexicano en el marco de las redadas contra el Partido Comunista cuando los movimientos huelguísticos de 1958 y 1959.

Las características de este exilio, su origen socioprofesional, permiten explicar prácticas insospechadas en otras experiencias. La promoción de juicios de amparo contra órdenes de expulsión, muchas veces con resultados exitosos, o lo que aún es más extraño, la contratación desde México de equipos de abogados en Estados Unidos para llevar adelante juicios contra medios periodísticos, como la revista *Time*, por difundir falsedades en torno a antecedentes políticos de residentes estadounidenses. La apuesta por encontrar soluciones por la vía judicial no pocas veces se combinó con la apelación a personajes de indiscutible autoridad en el ambiente político mexicano; en más de una ocasión el ex presidente Lázaro Cárdenas intervino para conseguir la liberación de algún detenido. Por momentos, la complicidad del gobierno mexicano llegó al absurdo, como acosar a Ralph Roeder, el autor de la monumental biografía de Benito Juárez, historiador condecorado con el Águila Azteca, a quien se detuvo en 1952 acusado de conspiración. Después de una semana de cárcel, la intervención de la Secretaría de Educación Pública evitó su deportación.

A finales de los años cincuenta y principio de los sesenta, la atmósfera política

estadunidense comenzó a mostrar signos de distensión. Una serie de procesos judiciales en el ámbito de la Suprema Corte de Justicia abrió el camino para que muchos perseguidos pudieran recuperar sus pasaportes y con ello quedar habilitados para regresar o trasladarse a otros países. Anhalt explica esa coyuntura, y desde allí conduce al lector hacia el final de esta historia: las rutas del desexilio, las reinserciones en Estados Unidos en los años del posmacartismo, las luchas por los derechos civiles, los movimientos contra la guerra de Vietnam, y sobre todo las percepciones y reflexiones de este grupo de “izquierdistas” a partir del horizonte abierto por el XX Congreso del Partido Comunista Soviético.

El regreso fue mayoritario, y de los que *permanecieron*, muchos ya han fallecido. En la actualidad, poco más de una docena continúan residiendo en México. Algunos estuvieron en este país un par de meses, como el novelista Howard Fast, quien hacia 1954 escribió a un amigo: “este es un lugar extraño para nosotros, no importa cuán generosos sean los mexicanos. Nosotros aquí no tenemos raíces, nosotros aquí no tenemos lenguaje. Nuestras vidas están en nuestro lenguaje” (p. 194). Otros, como Belle y Mike, los padres de la autora, decidieron regresar 32 años después de su llegada, y finalmente Diana Anhalt, quien nunca termina de despedirse de ninguna de sus dos patrias y gracias a ello hoy contamos con este libro, cuya traducción al español se antoja tan necesaria como urgente.

Pablo Yankelevich
INSTITUTO MORA